

Banco de pruebas: la vida familiar

Basado en Mateo 18:21 al 35

“Así también mi Padre celestial hará con vosotros, si no perdonáis de todo corazón cada uno a su hermano sus ofensas” (Mateo 18:35).

¿CÓMO TIENEN que ser nuestras palabras al orar por nuestros enemigos? David fue un hombre conforme al corazón de Dios en cuanto a que no vacilaba en pedir perdón. Sin embargo, a veces mostraba su débil humanidad. Pero cuando Jesús fue tratado injustamente, oró: “Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen” (Luc. 23:34). ¿Cuál de los dos ejemplos piensa usted que tenemos que seguir?

He aquí una sugerencia basada en mi propia experiencia. Cuando oro por los que creo que me han hecho algún daño, sencillamente, pido a Dios que haga por ellos y sus hijos exactamente lo mismo que le pido que haga para mí y los míos.

Cuando Jacob luchó con el Señor en el río Jaboc (ver Gén. 32:24), temía encontrarse con su hermano Esaú. Al fin y al cabo, había engañado a su padre y le había robado a su hermano la primogenitura. Sin embargo, después de su encuentro con el Señor ya no sentía ningún temor porque el Señor había despertado, en ambos, el espíritu de arrepentimiento y perdón. Cuando más adelante, después de años de distanciamiento, Esaú y Jacob se encontraron lloraron y se fundieron en un abrazo.

Después de ese encuentro, no nos ha llegado ninguna información sobre cómo fue su relación. En cambio, sí sabemos que cada uno siguió su camino, pero más felices y más bondadosos. Quizá sus respectivas formas de vida eran tan diferentes que nunca más volvieron a encontrarse. Tenga presente que el perdón no garantiza que las relaciones vuelvan a ser tan estrechas como antes. Las diferencias en la forma de vida afectan indefectiblemente a las relaciones.

A menudo es más fácil orar por enemigos que se encuentran en países lejanos que perdonar a aquellos con quienes vivimos y trabajamos y orar por ellos. No es extraño que con quienes estamos más resentidos y amargados son aquellos que están más cercanos a nosotros. El auténtico banco de pruebas de la vida cristiana es la familia. Ahí es donde tenemos que mostrar un espíritu perdonador y hacer todo lo que esté en nuestra mano para llevarnos bien, independientemente de la actitud de los demás.

Cuando todavía éramos sus enemigos, nuestro Padre celestial envió a su Hijo para que muriera por nosotros. Si en su corazón usted está resentido y amargado con alguien, ¿por qué no permite que Jesús repare ese cortocircuito y así el Espíritu Santo pueda iluminar su vida?

Enriquecerse con la Iglesia

Basado en Mateo 21:12 al 16

“Una cosa he demandado a Jehová, esta buscaré: que esté yo en la casa de Jehová todos los días de mi vida, para contemplar la hermosura de Jehová y para buscarlo en su templo” (Salmo 27:4).

A LO LARGO DE TODA SU VIDA, George Müller (1805–1898), un predicador cristiano y coordinador de varios orfanatos en Bristol, Inglaterra, se ocupó de 10.024 huérfanos. Se hizo famoso por administrar los orfanatos únicamente por fe. Una de las reglas que su organización tenía que seguir era que jamás se pediría dinero a nadie. Los datos y las cifras relativas a las necesidades jamás tenían que ser reveladas a nadie, solo se podían manifestar a Dios en oración. Se escribieron muchos libros sobre su vida y su obra. En ellos se recogen testimonios de respuestas directas a sus peticiones verdaderamente increíbles e inspiradoras.

Por desgracia, algunos han llegado a la conclusión de que la oración puede ser una excelente herramienta para acumular riqueza. El término “apoyo de la oración” puede ser un eufemismo para hablar del apoyo financiero, ya sea un ministerio de radio o televisión o un proyecto de jóvenes de la iglesia. Seguro que ha escuchado estas palabras (o algunas similares): “Como todos ustedes saben, nos encontramos ante una empresa que solo se puede llevar adelante por fe. Para suplir todas nuestras necesidades, solo confiamos en Dios; porque ustedes, su pueblo, son generosos para prestar su apoyo a un proyecto que permite que, con una inversión de cincuenta mil dólares a la semana en nuestro programa, el evangelio alcance a millones de personas”.

Evidentemente, pedir dinero no es nada malo. Sin embargo, pretender que el ministerio se sostenga únicamente por la fe en Dios al tiempo que se emplea una descarada estrategia publicitaria es, cuando menos, una contradicción.

Además de que la casa de oración de Dios es utilizada con fines económicos, de manera implícita, se les dice a las masas que pueden enriquecerse con la oración. Me hablaron de un empresario cristiano que pedía dinero para construir un rascacielos de oficinas y estudios de televisión. Prometió a sus oyentes que sus “bendiciones” se multiplicarían por treinta si oraban; por sesenta si oraban y daban dinero; y por cien si oraban, daban dinero y lo hacían rápido.

Se pide a la gente que ore: “Señor, bendíceme... haz que prospere... dame...” Algunos de estos maestros sugieren que Jesús vestía con ropa de diseño. ¿Por qué, si no, los soldados se repartieron su ropa a suertes?

Debemos poner sumo cuidado en no tratar de usar la oración para satisfacer nuestros deseos egoístas.

Pedir con fe en la oración

Basado en Mateo 21:18 al 22

“Respondiendo Jesús, les dijo: De cierto os digo que si tenéis fe y no dudáis, no solo haréis esto de la higuera, sino que si a este monte le decís: ‘¡Quítate y arrójate al mar!’, será hecho” (Mateo 21:21).

UNA ANCIANA se ganaba modestamente la vida vendiendo sus productos por las calles de su aldea. Cuando llegaba a un cruce de calles, lanzaba un palo al aire. La dirección en la que cayera el palo sería la que ella tomaría. En una ocasión se la vio lanzar el palo al aire no una vez, sino tres. A la pregunta de por qué lo había hecho, ella respondió: “Porque las dos primeras veces cayó en la dirección hacia la que no quería ir”.

Quizá usted no lance palos al aire, pero, ¿verdad que en algunas ocasiones le pide a Dios que le muestre una señal? Si es así, usted no es el único. Dios obra de manera misteriosa y, si no vemos los resultados que queremos y cuando los queremos, en ocasiones podemos angustiarnos y atemorizarnos. Eliseo, viendo que el enemigo los rodeaba a él y a su sirviente, oró para que su asustado siervo recibiera la promesa de que el Señor los protegería. Por ese motivo el siervo pudo ver con sus propios ojos que las colinas estaban cubiertas con un ejército de caballos y carros de fuego (ver 2 Rey. 6:17).

Gedeón puso a prueba a Dios al pedirle que le diera una señal específica como condición para obedecer un mandamiento divino. Al exigírsela, es seguro que estaba consciente de que estaba provocando a Dios porque su oración incluyó estas palabras: “No se encienda tu ira contra mí si hablo de nuevo” (Jue. 6:39).

Las Escrituras nos exhortan a caminar por fe y no por vista (ver 2 Cor. 5:7). Pedir una señal puede ser una forma de exigir que Dios revele su plan para que nosotros podamos aprobarlo o rechazarlo. Además, si su plan no es de nuestro agrado, nos sentimos con el derecho de introducir los cambios que nos parezca para conseguir un resultado más acorde con nuestra conveniencia. Una cosa es suplicar a Dios, o incluso quejarnos, y otra muy distinta, intentar controlarlo.

Mejor sería que, en lugar de pedir señales a Dios, le pidiéramos fe para ver cómo ahora mismo él está actuando en nuestra vida. “Encomienda a Jehová tu camino, confía en él y él hará” (Sal. 37:5).

Piedras pulidas

Basado en Mateo 21:42

“Jesús les preguntó: ¿Nunca leísteis en las Escrituras: `La piedra que desecharon los edificadores ha venido a ser cabeza del ángulo. El Señor ha hecho esto, y es cosa maravillosa a nuestros ojos?’” (Mateo 21:42).

DEL TAN ESPERADO Mesías, los profetas habían escrito: “Por eso, Jehová, el Señor, dice así: `He aquí que yo he puesto en Sión por fundamento una piedra, piedra probada, angular, preciosa, de cimiento estable. El que crea, no se apremure’” (Isa. 28:16).

David profetizó que esa piedra angular sería rechazada. “La piedra que desecharon los edificadores ha venido a ser la cabeza del ángulo” (Sal. 118:22).

En el versículo para memorizar, Jesús declara de sí mismo que él es esa piedra angular. El apóstol Pedro lo entendió y añadió: “Acercándoos a él, piedra viva, desechada ciertamente por los hombres, pero para Dios escogida y preciosa, vosotros también, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo” (1 Ped. 2:4, 5).

¿Se ha fijado en que los miembros de la iglesia son piedras vivas que, juntas, forman la iglesia de Cristo? Pero no hay dos iguales, ¿verdad? Somos personas distintas, con estaturas, tecs y edades diferentes. ¿Cómo colabora con las otras “piedras” para construir la iglesia en la tierra? ¿Es usted manso, paciente y respetuoso?

Según una antigua fábula hebrea, una tarde, mientras estaba sentado ante su tienda, Abraham vio acercarse a un anciano cansado por los años y el viaje. Abraham salió, lo saludó y luego lo invitó a su tienda. Allí lavó los pies del anciano y le dio comida y bebida. De inmediato, el caminante empezó a comer sin antes decir una oración. Abraham le preguntó:

—¿No adoras a Dios?

El viajero de edad respondió:

—A ningún otro dios adoro, sino al fuego.

Al escuchar esto, Abraham se enfureció, agarró al hombre por los hombros y lo arrojó fuera de la tienda, a la intemperie de la noche. Cuando el anciano se hubo ido, Dios llamó a su amigo Abraham y le preguntó dónde estaba el desconocido. Abraham respondió:

—Lo eché fuera porque no te adoraba.

Dios respondió:

—Yo lo he soportado durante ochenta años aunque no me honre. ¿No podías tú aguantarlo tan solo durante una noche?

¿Lo ha soportado el Señor a usted durante mucho tiempo? A mí sí.

Piedras vivas

Basado en Mateo 21:42

“Vosotros también, como piedras vivas, sed edificados como casa espiritual y sacerdocio santo, para ofrecer sacrificios espirituales aceptables a Dios por medio de Jesucristo” (1 Pedro 2:5).

TODOS SOMOS piedras vivas de la casa de Dios. Asimismo, ninguno de nosotros es igual a nadie más. Con todo, ¿no deberíamos relacionarnos unos con otros como hijos del mismo Padre? A veces las piedras olvidamos que formamos parte de la iglesia de Cristo en la tierra.

- A algunas piedras les disgusta que no tengamos la misma forma, la misma medida o, lo que es peor aún, el mismo color. Están convencidos de que todas las piedras tienen que ser iguales, es decir, “como yo”...
- Hay quienes les parece que están demasiado cerca unas de otras. No quieren que ninguna otra piedra llegue a tocarlos porque, si eso sucede, se sienten incómodos y se vuelven hipersensibles. Prefieren mantener la distancia.
- Otras piedras se consideran mejores que el resto.
- A algunas no les gusta el lugar que ocupan en el muro. Hace ya tiempo que son miembros y opinan que merecen un lugar mejor y más importante.
- Otras se vuelven frágiles y se quiebran con la menor tensión.
- Aún otras creen que el edificio ya es bastante grande y no ven la necesidad de añadir ninguna más.
- A algunas piedras no les gusta el diseño del edificio. Creen que está pasado de moda y se empeñan en ponerlo al día.
- Otras piedras no tolerarán el lijado y la limpieza que necesitan para encajar, por lo que se deslizan por la pared y se van del edificio por la puerta trasera. Son los “fugitivos”.

Como ve, hay muchos tipos de piedras. Y yo me pregunto: ¿Qué tipo de piedra debo ser? ¿Qué tipo de piedra es usted? ¿Somos piedras útiles para el Señor? ¿Ocuparemos alegremente nuestro lugar en su templo?

Dos mujeres se encontraban en el mismo centro de convalecencia. Ambas habían sufrido una embolia cerebral que las paralizó. A Margaret la embolia le paralizó el lado izquierdo, mientras que a Ruth le afectó el lado derecho. Ambas eran excelentes pianistas pero habían arrojado la toalla porque estaban convencidas de que jamás volverían a tocar. El director del centro las sentó ante un piano y les sugirió que tocaran cada una un pentagrama. Así lo hicieron y, en consecuencia, surgió una hermosa amistad. ¿Qué ilustración más adecuada para presentar la necesidad de cooperación en la iglesia! Lo que resulta imposible para un solo miembro, si trabajan con armonía, quizá sea posible para dos o más.

Termitas en la vida

Basado en Mateo 23:23 al 28

“Pero si así no lo hacéis, entonces habréis pecado ante Jehová, y sabed que vuestro pecado os alcanzará” (Números 32:23).

VIVIR EN una región subtropical tiene sus ventajas. Por supuesto, también tiene sus inconvenientes. Una de las ventajas es que los inviernos suelen ser suaves. Un inconveniente es que suele haber animalitos. Mi hijo vive a unos tres kilómetros de casa, por lo que suele venir a visitarnos con frecuencia. Incluso viene cuando hemos salido. Tiene las llaves de nuestra casa. A menudo me llama y dice: “Papá, hoy fui a tu casa y te tomé prestada la remachadora. No te importa, ¿verdad?”.

Un día llamó por teléfono y dijo: “Papá, me parece que tienes termitas en casa”. Luego siguió explicándome que cuando iba a introducir la llave para abrir la puerta del garaje vio un agujerito muy pequeño en una de las molduras. No le faltaba experiencia en el asunto; hacía tan solo seis meses las termitas habían infestado su casa. Yo lo había ayudado a resolver el problema, pero nunca se me ocurrió que a mí me podía suceder lo mismo.

Ese mismo día, cuando llegué del trabajo, tomé una barra de hierro y levanté la moldura en la que había visto el agujero. El diagnóstico era correcto. Las termitas habían causado severos y extensos daños. Seguí levantando la moldura y cuanto más levantaba, más daño descubría. Las termitas se habían comido prácticamente todo el marco de la puerta de unos quince centímetros de grueso por treinta de ancho. Me dispuse a comprobar la pared que está junto al marco. Levanté el revestimiento de madera y descubrí que, hasta una distancia de más de dos metros, toda la estructura interior de la misma había quedado reducida a algo que tenía aspecto de papel. Por suerte, no encontré una sola termita viva, pero los daños eran considerables.

Satanás trabaja como una termita. Si estamos atentos, nos daremos cuenta de donde trabaja. Pero, como las termitas, sus mejores obras son lentas y secretas. El agujerito en la moldura del marco de la puerta del garaje apenas si se veía. Sin embargo, el daño que se escondía detrás era considerable. Muchas veces sabemos que hay cosas en nuestras vidas que no deberían estar ahí, pero parecen tan pequeñas que no les damos importancia. Albergar el pecado en la vida es como tener termitas en las paredes de casa. Si no se trata, el daño crece y crece hasta que las consecuencias son graves.

Cuando descubrí que tenía termitas, llamé a la compañía de saneamiento. Si usted hoy sabe que tiene termitas espirituales en su vida permita que Jesús las extermine y repare el daño que hayan causado.

Comienza el sufrimiento

Basado en Mateo 24:6 al 8

“Se levantará nación contra nación y reino contra reino; y habrá pestes, hambres y terremotos en diferentes lugares. Pero todo esto es solo principio de dolores” (Mateo 24:7, 8).

TERREMOTOS: EL 12 de enero de 2010, un terremoto catastrófico de magnitud 7,0 en la escala Richter, sacudió Haití. El 24 de ese mismo mes se habían registrado al menos 52 réplicas de magnitud 4,5 o superior. Se calcula que el terremoto afectó a tres millones de personas. Según datos facilitados por el gobierno, el balance de víctimas mortales alcanzó cifras entre 217.000 y 230.000 personas, mientras que los heridos ascendieron a 300.000, a la par que 1.000.000 de haitianos perdieron sus casas. Siempre según cálculos oficiales, las residencias particulares y edificios comerciales que se derrumbaron o quedaron gravemente dañados ascienden a 250.000 y 30.000 respectivamente.

No hubo transcurrido un mes que un terremoto de intensidad aún mayor sacudió Chile. Por fortuna el balance de víctimas mortales fue reducido. En lo que va del siglo XXI, más de medio millón de personas ha perdido la vida a causa de un terremoto.

Pestes: En 2008, al menos 38 millones de personas estaban infectadas con VIH (sida). En África, cada 13 minutos esa enfermedad se lleva por delante a una persona. En ese continente millones de personas están infectadas con malaria, mientras que cada año mueren 800.000 niños.

Hambre: Cada día mueren alrededor de 16.000 niños por causas relacionadas con el hambre y la desnutrición.

Cuando se goza de buena salud y se dispone de dinero suficiente para suplir las necesidades cotidianas, olvidar la gran cantidad de sufrimiento que hay en el mundo es relativamente fácil. Muchos se preguntan: “¿Por qué lo permite Dios?”. En estos momentos se libra la batalla final entre el bien y el mal, entre Cristo y Satanás. Las enfermedades, la muerte, el hambre y las catástrofes naturales son obra del enemigo. Vivimos los últimos días. ¿Cuánto durarán? No lo sabemos ni debemos intentar saberlo. Jesús dijo a los discípulos –y a nosotros–: “Porque habrá entonces gran tribulación, cual no la ha habido desde el principio del mundo hasta ahora, ni la habrá. Y si aquellos días no fueran acortados, nadie sería salvo; pero por causa de los escogidos, aquellos días serán acortados” (Mat. 24:21, 22).

Probablemente, empezar el día leyendo cosas como estas no le resulte agradable. A mí tampoco. Siempre hemos hablado de cómo sería vivir los últimos días. ¡Ahora lo descubrimos! Nos ha tocado un momento grandioso y terrible, pero esto no ha hecho más que empezar. No obstante, suceda lo que suceda, tenemos su promesa: “No te desampararé ni te dejaré” (Heb. 13:5).

Fiel hasta la muerte

Basado en Mateo 24:9 al 10

“Entonces os entregarán a tribulación, os matarán y seréis odiados por todos por causa de mi nombre” (Mateo 24:9).

EL LUGAR ERA Roma, la capital del mundo. La ocasión, el gran incendio del año 64 d.C.; un incendio que se decía que había sido provocado por el propio emperador Nerón. Para desviar sospechas, Nerón acusó a los cristianos con el cargo de incendio premeditado.

El historiador romano Tácito escribió que, por más que la acusación quedó sin probar, muchos fueron condenados como reos de odio hacia la humanidad. Tácito continúa: “Añadióse [...] la burla y escarnio con que se les daba la muerte. A unos vestían de pellejos de fieras, para que de esta manera los despedazasen los perros; a otros ponían en cruces; a otros echaban sobre grandes rimeros de leña, a los que, en faltando el día, pegaban fuego, para que ardiendo con ellos sirviesen para alumbrar en las tinieblas de la noche” (*Anales*, 15.44)

El abogado romano Tertuliano se convirtió al cristianismo. Se burló de los paganos en los siguientes términos: “Fatigadnos, atormentadnos, condenadnos, desmenuzadnos, que vuestra maldad es la prueba de nuestra inocencia y enseñanza. Por eso permite Dios que suframos, para que lo probemos. [...] No medra vuestra crueldad por ingeniar tormentos exquisitos, que para nosotros la mayor pena es caricia más sabrosa para morir más gustosos. Segundo nos sembráis: más somos cuanto derramáis más sangre; que la sangre de los cristianos es semilla” (*Apología*, 50).

No solo en los primeros días de la iglesia, también durante la Edad Media, decenas de miles sacrificaron la vida. Incluso hoy en día, en muchas regiones del mundo los que han optado por ser fieles al Señor sufren por su fe.

El rey Salomón escribió: “No menosprecies, hijo mío, el castigo de Jehová, no te canses de que él te corrija, porque Jehová al que ama castiga, como el padre al hijo a quien quiere” (Prov. 3:11, 12). Las palabras de Salomón se repiten en Hebreos 12:5 al 11, con una exhortación añadida: “Es verdad que ninguna disciplina al presente parece ser causa de gozo, sino de tristeza; pero después da fruto apacible de justicia a los que por medio de ella han sido ejercitados”.

Asimismo, Pablo escribió a los cristianos de Roma: “También nos gloriamos en las tribulaciones, sabiendo que la tribulación produce paciencia; y la paciencia, prueba; y la prueba, esperanza” (Rom. 5:3, 4).

No tenemos que preguntarnos qué nos va a suceder en el futuro. Solo podemos vivir un día a la vez. Nuestra misión es ser fieles ahora. “El que es fiel en lo muy poco, también en lo más es fiel” (Luc. 16:10).

Esperanza que purifica

Basado en Mateo 24:42 al 50

“Y todo aquel que tiene esta esperanza en él, se purifica a sí mismo, así como él es puro” (1 Juan 3:3).

EL CAPÍTULO 24 de Mateo habla de los acontecimientos de los últimos días y la venida de Jesús. Una de las cosas que más me impresionan es que Jesús dijo que su venida será una sorpresa para la mayoría de la gente y que tenemos que estar preparados todo el tiempo. Luego les contó una historia que ilustra qué sucede cuando Jesús no hace algo en el momento en que nosotros pensamos que tendría que hacerlo.

La conclusión de la historia es como sigue: “Pero si aquel siervo malo dice en su corazón: ‘Mi señor tarda en venir’, y comienza a golpear a sus consiervos, y aun a comer y a beber con los borrachos, vendrá el señor de aquel siervo en día que este no espera, y a la hora que no sabe” (Mat. 24:48-50).

Cuando leí esta historia, me hizo pensar en lo que puede suceder tanto en nuestros hogares como en nuestras iglesias. Vuelva a leer los versículos. Tenga en cuenta que los que piensan que Jesús no va a venir empiezan a “golpear” a los demás. No creo que Jesús quisiera decir que en realidad empecemos a golpearlos, sino a cómo nos tratamos unos a otros. Preste atención a algo más: Cuando alguien deja de sentir que Jesús no está cerca le resulta fácil volver al mundo. Eso es lo que significa “comer y beber con los borrachos”.

La forma que algunos miembros de iglesia tienen de tratar a los demás demuestra que creen que el Señor no va a regresar pronto y, por eso, sus acciones y sus palabras se vuelven descuidadas. La crítica y los celos hacen acto de presencia. A veces, incluso el pastor es objeto de malos tratos.

¿Qué pasaría si usted y yo supiésemos que Jesús iba a venir el próximo año? ¿Cuándo empezariamos a pensar en cómo prepararnos? Si yo sé que mi hijo viene a verme mañana, me preparo desde hoy mismo. Pero si creo que no vendrá hasta dentro de un año, no hay razón para que me apresure a pensar en ello.

Por eso, Jesús nos recuerda: “Velad, pues, porque no sabéis a qué hora ha de venir vuestro Señor” (Mat. 24:42).

“También vosotros estad preparados”

Basado en Mateo 24:42 al 50

“Por tanto, también vosotros estad preparados, porque el Hijo del hombre vendrá a la hora que no pensáis”
(Mateo 24:44).

PERMITA QUE le haga una pregunta. Supongamos que la Biblia dice que Jesús volverá el 16 de enero de 2014. Si supiera que Jesús va a venir en un día preciso de un año determinado, ¿qué haría al respecto?

Es necesario hacer dos consideraciones. La primera es que no tenemos garantía de que el 2014 sigamos vivos. La segunda es que, si supiera que todavía le quedan dos años más para prepararse para la venida de Jesús, ¿para usted el presente tendría la misma urgencia? Conociendo un poco la naturaleza humana, la respuesta es clara: no. La experiencia nos enseña que tendemos a posponerlo todo tanto como podemos.

Durante ciertas épocas del año, el lugar donde vivo está bajo la amenaza de huracanes. Si algo hemos aprendido es que cuando llega el huracán ya es demasiado tarde para prepararse.

Una vez confeccioné un cuestionario para que los miembros de una congregación me respondieran cómo se sentían ante la venida de Jesús. La primera pregunta era: “¿Quiere usted que Jesús venga?”. Prácticamente todo el mundo respondió afirmativamente. La siguiente pregunta era: “Si pudiera elegir la fecha, ¿cuándo sería?”. La mayoría respondieron que querían que viniera, pero en algún momento del futuro. La última pregunta era: “Cuando Jesús venga, ¿estará usted preparado?”. La mayoría de las respuestas fueron: “No sé” o: “Espero que sí”.

¿Cómo respondería usted a esa pregunta? El apóstol Pablo responde: “Sí, estaré listo”, “porque yo sé a quién he creído y estoy seguro de que es poderoso para guardar mi depósito para aquel día” (2 Tim. 1:12). Y: “Estando persuadido de esto, que el que comenzó en vosotros la buena obra la perfeccionará hasta el día de Jesucristo” (Fil. 1:6).

Por fortuna, no sabemos cuándo vendrá Cristo. Digo “por fortuna”, porque ya que no lo sabemos, no vamos a caer en la tentación de posponer nuestra preparación. Jesús dijo: “Pero del día y la hora nadie sabe” (Mat. 24:36). Es mejor así. Por eso declaró: “Por tanto, también vosotros estad preparados, porque el Hijo del hombre vendrá a la hora que no pensáis” (Mat. 24:44).

No sabemos cuándo

Basado en Mateo 24:42 al 50

“Bienaventurado aquel siervo al cual, cuando su señor venga, lo halle haciendo así” (Mateo 24:46).

¿CUÁNTAS VECES hemos escuchado que Jesús viene pronto? La palabra “pronto” es difícil de definir. Si le digo que cenaremos pronto, probablemente no me refiera al mes o al año que viene... Al menos eso espera usted.

Aunque no estemos dispuestos a aceptarlo, nos cuesta entender que la segunda venida de Jesús será pronto si “pronto” significa el año próximo o dentro de cinco años. Cuando los discípulos preguntaron a Jesús por el momento de su regreso, él les respondió que solo su Padre conoce el día y la hora; luego añadió: “Por tanto, también vosotros estad preparados, porque el Hijo del hombre vendrá a la hora que no pensáis” (Mat. 24:44).

Hay quienes insisten en saber lo que solo sabe el Padre. Fijan una fecha para su venida, sus seguidores se excitan, el día llega y pasa sin que Jesús haya venido. Entonces, ¿qué hacen? En lugar de avergonzarse y desaparecer, fijan otra fecha y vuelta a empezar.

¿Recuerda la fábula del joven pastor que gritaba: “¿Que viene el lobo!”? El oficio de pastor puede llegar a ser muy solitario y aburrido porque se pasan todo el día en el campo, entre ovejas y sin nadie con quien hablar. El pastor quería un poco de diversión y por eso quiso fingir que un lobo estaba atacando a sus ovejas. Luego, cuando los hombres del pueblo acudieran en su ayuda, les diría que era una broma.

Y así lo hizo. Con todas sus fuerzas, gritó: “¿Que viene el lobo! ¿Que viene el lobo!”. Tal como había supuesto, los hombres del pueblo acudieron corriendo a la colina armados con varas y azadas. Cuando descubrieron que solo se trataba de una broma, rieron y volvieron a bajar de la colina.

Pero un día, un lobo de verdad atacó a las ovejas. Los hombres escucharon que el joven pastor gritaba: “¿Que viene el lobo!”. Pero esa tarde estaban demasiado ocupados para participar en una broma y por eso no fueron corriendo. Como resultado, el lobo se llevó parte del rebaño.

Jesús viene pronto. No sabemos cuánto tiempo falta. Pero no nos corresponde adivinar el día ni la hora. Al contrario, Jesús nos dice que tenemos que estar preparados.

La importancia de mantenerse despierto

Basado en Mateo 25:1 al 13

“Como en los días de Noé, así será la venida del Hijo del hombre” (Mateo 24:37).

QUE UNA de las parábolas de Cristo sobre las condiciones en que se encontrará el mundo en los últimos días se desarrolle en el contexto de una boda es un detalle interesante. En la creación quedaron establecidas dos instituciones; una es, por supuesto, el sábado y la otra, la familia. Jesús obró su primer milagro en las bodas de Caná de Galilea. Días atrás hablamos de ese milagro.

En Mateo 24 y 25 Jesús explicó a sus discípulos algunos de los acontecimientos y condiciones que precederían a su venida. De todo ello se desprende el abrumador mensaje de que tenemos que estar alertas y preparados.

Siempre me pregunté por qué Jesús utilizó el ejemplo de diez vírgenes – nosotros quizá las llamaríamos “damas de honor”– que esperaban al novio. En la cultura occidental, las damas de honor no esperan al novio, sino a la novia.

Durante más de diez años, Betty y yo ejercimos el ministerio en el sur de Asia. Allí nos enteramos de que en aquella región, el novio, y no la novia, es el protagonista de la boda. Por supuesto, la novia también se engalana. No es extraño que el sari de la boda esté bordado con oro y plata. Pero la verdadera estrella del acontecimiento es el novio.

A menudo, todo el pueblo acude a la boda y la fiesta puede durar varios días. Recordamos las luces de colores en el shamiana, la tienda donde se llevan a cabo las fiestas. Es especialmente interesante la costumbre de que los padres decidan con quién se casarán sus hijos. Es un matrimonio convenido. Aunque a veces se hace un mal uso de esa costumbre, no deja de ser cierto que un matrimonio no es solo la unión de dos personas, sino de dos familias.

Jesús usó el matrimonio entre un hombre y una mujer para representar nuestra relación con él. La tasa de divorcios en algunos países occidentales es casi del 50%. Pero que la cifra de los que están rompiendo su pacto con Jesús sea mayor es todavía peor.

Esta parábola es importante porque enseña que incluso aquellos que han esperado la segunda venida también se cansan de esperar. Cuando hablo de las diez vírgenes suelo preguntar cuántas de ellas se durmieron. Algunos dicen que cinco. Pero la verdad es que todas se durmieron. Durante los próximos días veremos la importancia de mantenerse despierto.

Sabios y necios

Basado en Mateo 25:1 al 13

“Velad, pues, porque no sabéis el día ni la hora en que el Hijo del hombre ha de venir” (Mateo 25:13).

SI HUBIÉRAMOS visto las damas de honor, habríamos dicho que eran iguales. Probablemente, sus vestidos eran idénticos y llevaban la misma clase de lámpara. Por fuera se parecían, pero sus corazones eran distintos.

Las damas de honor sabias representan a los cristianos sinceros que están listos y a la espera de la venida de Cristo. Por su parte, las damas de honor necias simbolizan a quienes, aun sabiendo que viene y queriendo que venga, todavía no han preparado el corazón para recibirlo. Son como la gente que quiere tomar unas vacaciones. Saben dónde quieren ir, qué leer sobre cosas que hacer cuando lleguen a su destino, les dicen a todos que van, pero, cuando llega el día de la partida se dan cuenta de que no han comprado el boleto ni hecho las maletas.

¿Qué distingue a las damas de honor necias? En primer lugar, son necias porque no preparan sus recipientes (corazones) con aceite de recambio (Espíritu Santo). En las lámparas solo tienen aceite suficiente para iluminar el camino hasta el punto de encuentro, para fingir que quieren encontrarse con el novio. Pero no traen aceite de más y por eso no consiguen su objetivo.

En segundo lugar, son necias porque no tienen ninguna convicción específica o sentimiento de urgencia alguno. Parecen damas de honor esperando con una lámpara en las manos pero, en realidad, su corazón está en otra parte. Hacen lo que se les dice, pero carecen de vida espiritual.

En tercer lugar, no piensan en el futuro ni hacen planes. Esto las lleva a ser descuidadas y presuntuosas. Creen que la seguridad está en la muchedumbre. Están convencidas de que, si están con otras damas de compañía que también tienen lámparas, podrán participar tal como van, con tan solo una lámpara. No prevén cualquier eventualidad. Muchos cristianos cometen este mismo error. Su vida no es más que un espectáculo en su propio beneficio.

Jesús dijo que nuestra luz tiene que brillar. Pero esto no sucederá durante mucho tiempo a menos que pidamos que el Espíritu Santo llene con aceite el recipiente del corazón. Además de conocer el destino, es preciso que, por fe, hagamos los preparativos necesarios. Ahora es tiempo de acumular todo el aceite del Espíritu Santo que podamos, porque el Novio está a punto de llegar.

Encended las lámparas

Basado en Mateo 25:1 al 13

“¡Buscad a Jehová mientras puede ser hallado,
llamadle en tanto que está cercano!”
(Isaías 55:6).

MI ESPOSA creció en una familia con cuatro hijas y sin ningún hermano. Cuenta que cuando todas eran adolescentes tenían una talla similar y solían intercambiarse la ropa. Por lo general, la cosa iba bien excepto cuando todas querían el mismo vestido. Llegaron a la conclusión de que los intercambios se tenían que reservar para las emergencias.

Cuando las damas de honor necias se dieron cuenta de que se les había acabado el aceite, pidieron a las sabias que les dieran un poco de su aceite, pero estas no accedieron. En realidad, las damas de honor sabias sentían compasión por ellas y querían ayudarlas en el mal paso, pero respondieron: “No podemos compartir el aceite porque entonces nosotras tampoco tendremos suficiente”. Luego sugieren: “¿Por qué no van y compran más?”.

Los que quieren ser salvados tienen que prepararse; esto es, necesitan un corazón arrepentido para poder recibir la gracia y el perdón de Dios. Aunque nos rodeen buenos amigos y familiares que oran por nosotros a diario, la preparación personal es una necesidad vital para la salvación. El justo vivirá por su fe. Cada uno tiene que dar cuenta de sí mismo y, por lo tanto, debe preparar su propio corazón. Ese día nadie podrá responder por nosotros.

El aceite del Espíritu Santo nos lleva al arrepentimiento para que podamos recibir la gracia de Dios. Esta se aplica solo a aquellos pecados de los que nos hemos arrepentido. Por eso no podemos compartir el aceite. Por mucha gracia de que se disponga, nunca se tiene de sobra. Dios da gracia a cada uno según su arrepentimiento. Algunos creen que pueden beneficiarse de las buenas obras y la justicia de los santos. Pero los sabios entienden que solo tienen aceite para ellos mismos y nadie más.

Pero nótese que las damas de honor sabias no reprenden a las necias por no estar preparadas y no se envanecen por el hecho de que ellas han sido previsoras. En su lugar, les dan el mejor consejo que pueden en tales circunstancias. Quienes cometen errores necios en los asuntos del alma son más objeto de compasión que de insulto.

¿Qué hacemos para animar a otros a prepararse para la llegada del Novio?

Los vendedores de aceite

Basado en Mateo 25:1 al 13

“Pues si vosotros, siendo malos, sabéis dar buenas dádivas a vuestros hijos, ¿cuánto más vuestro Padre celestial dará el Espíritu Santo a los que se lo pidan?” (Lucas 11:13).

DE VEZ EN CUANDO, en Florida, durante una tormenta, se interrumpe el suministro eléctrico. Cuando esto sucede, una simple vela me pone más contento que unas pascuas. He visto fotos de los tipos de lámparas que se utilizaban en los tiempos bíblicos. Para las damas de honor, sus lámparas eran algo tan cotidiano como en la actualidad son las linternas para nosotros. No es lógico que las cinco damas de honor necias se olvidaran de llevar aceite de más. Lo más probable es que no quisieran cargar con el recipiente.

Imagino que todas las diez jovencitas habían pasado la mayor parte del día preparándose para la fiesta de la boda. Prepararon los vestidos, se bañaron, se lavaron el pelo y se peinaron. Luego echaron un último vistazo al espejo y corrieron hacia el lugar donde tenían que esperar a los invitados a la boda.

Cuánto tiempo esperaron no lo sabemos. Pero sí sabemos que todas se durmieron y sus lámparas se apagaron. Mientras que las damas de honor sabías pudieron rellenar sus lámparas con el aceite de más que habían traído, el pánico cundió entre las cinco necias. Se dieron cuenta de que no podían echar la culpa a nadie que no fueran ellas mismas. Tuvieron que ir a toda prisa a la tienda y comprar más aceite (Espíritu Santo).

Para quien hoy quiere comprar el Espíritu Santo el mundo es un verdadero mercado. El aceite está a la venta por todas partes; tanto al por mayor, en las iglesias o en cualquier otra organización; como al por menor, en los detallistas individuales. Seguro que ha escuchado sus anuncios: “¿Quiere que lo sanen? ¿Le gustaría tener más dinero? ¿Busca usted bendiciones? ¿Y poder? Venga y cómpreme Espíritu Santo. ¡Yo tengo y lo vendo a buen precio!”.

Los comerciantes de aceite solo son felices si venden. ¿No resulta curioso que, aunque las damas de honor necias no llevaran aceite de más, sí tomaran consigo dinero (o una tarjeta de crédito)? Hay quienes otorgan un gran valor a sus propios recursos. El peligro está en ser tan autosuficiente, tan orgulloso, que se piense que cualquier dificultad se resuelve comprando. El resultado es que tienen que quedarse en la oscuridad.

El aceite que el mundo ofrece se puede comprar, el verdadero aceite del Espíritu Santo es un don de Dios para los que se arrepienten.

No son para nosotros

Basado en Mateo 25:14 al 30

“No nos atrevemos a contarnos ni a compararnos con algunos que se alaban a sí mismos; pero ellos manifiestan su falta de juicio al medirse con su propia medida y al compararse consigo mismos” (2 Corintios 10:12).

EN CIERTA OCASIÓN, una niña le preguntó a su mamá si creía que Jesús va a volver. Su mamá le respondió que sí. La niña le preguntó si creía que podría venir hoy mismo, en pocos minutos. Sin prestar demasiada atención a lo que le preguntaba su hijita, ella respondió mecánicamente: “Sí”. Entonces la niña replicó: “¿Me peinas?”.

Si realmente creemos que Jesús viene pronto, ¿no deberíamos prepararnos? Los discípulos le preguntaron a Jesús cuándo regresaría y cuáles serían las señales que tendrían que buscar. Jesús les dijo muchas de las cosas que iban a pasar, pero, acto seguido, les advirtió que lo realmente importante para ellos era velar, velar y velar.

Jesús también dijo que tenían que estar preparados. Estar preparado quiere decir ser puro, amable, humilde, paciente y estar dispuesto a perdonar; en otras palabras, tener el fruto del Espíritu.

Luego Jesús agregó un elemento más a velar y estar preparado, añadió el trabajo. Para ayudarlos a entender qué significa trabajar, les contó varias parábolas. La primera era la parábola de los talentos. A veces, conversando sobre los talentos que el Señor nos ha dado, alguien dice: “Eso está muy bien para los demás, pero yo no tengo ningún talento...”. Esta idea procede de una mala comprensión de qué es un talento. Mucha gente piensa que un talento es una habilidad, una aptitud o una facultad natural que está por encima del promedio general. Se dice que las personas nacen con talentos o sin ellos.

Esta comprensión es incompleta y, de hecho, pone de manifiesto la inclinación egoísta de la mente y el corazón humanos. En la antigüedad, un talento era a la vez una medida de peso y una moneda; esa era la idea que tenía en mente cuando les explicó la parábola. Los talentos usados correctamente son el tesoro que Dios nos presta para servirlo. Los dones del Espíritu no se dan al nacer, no se adquieren a través de los genes de los padres. No tenemos ningún derecho personal sobre ellos. Al emplear los dones del Espíritu con fines personales les estamos dando un uso inadecuado. No son para nosotros.

Usted tiene un talento

Basado en Mateo 25:14 al 30

“Confía en Jehová con todo tu corazón y no te apoyes en tu propia prudencia. Reconócelo en todos tus caminos y él hará derechas tus veredas” (Proverbios 3:5, 6).

¿ES USTED una persona con talentos? Si hace inventario de sus habilidades y descubre que, claramente, no sabe cantar ni tocar el piano, si sus incursiones en la cocina son más bien desastrosas, si no se entiende con las computadoras y le disgusta hablar en público, es probable que llegue a la conclusión de que a usted no lo adorna ningún talento en absoluto.

Pues fíjese que le traigo buenas noticias: De hecho, usted sí tiene talentos. Según dijo Jesús, un talento es un don de Dios o una bendición para su pueblo. El hombre de la parábola de los talentos tenía que hacer un largo viaje y antes de irse llamó a sus siervos y a cada uno le dio una parte de su fortuna.

El propio Jesús es el hombre que se fue de viaje a un país lejano o, lo que es lo mismo, se ausentaría durante mucho tiempo. Tenía que regresar al cielo, con su Padre, para completar los planes establecidos para su retorno. Antes de irse, proveyó a su iglesia con todo lo que necesitaría durante su ausencia. Encomendó a la iglesia sus verdades, sus leyes, sus promesas y sus poderes. Asimismo, envió a su Espíritu para que sus siervos pudieran vivir y enseñar esas verdades y esas promesas, a la par que usaban esos poderes. De este modo, Cristo, en el momento de la ascensión, confió sus bienes a la iglesia.

“No fue recibido el derramamiento del Espíritu hasta que, mediante la fe y la oración, los discípulos se consagraron plenamente para efectuar la obra de Cristo. Entonces, en un sentido especial, los bienes del cielo fueron entregados a los seguidores de Cristo. [...] Los dones ya son nuestros en Cristo, pero su posesión verdadera depende de nuestra recepción del Espíritu de Dios” (*Palabras de vida del gran Maestro*, p. 263).

“Cristo confía ‘sus bienes’ a sus siervos: algo que puedan usar para él. Da ‘a cada uno su obra’. Cada uno tiene su lugar en el plan eterno del cielo. Cada uno ha de trabajar en cooperación con Cristo para la salvación de las almas” (*Ibid.*, p. 262).

¿Cómo puede descubrir sus talentos? (1) Lea la lista de los dones espirituales en 1 Corintios 12 y Efesios 4 y observe qué lo conmueve. (2) Tome nota de sus talentos naturales. (3) Descubra sus más profundas pasiones, qué le gusta más hacer. (4) Estudie su personalidad; no hay nadie que pueda hacerlo todo. (5) Revise las experiencias pasadas. Y (6) Ore, ore y no deje de orar.

Dios es generoso

Basado en Mateo 25:14 al 30

“¿Qué pagaré a Jehová por todos sus beneficios para conmigo?” (Salmo 116:12).

EL GRAN VIOLINISTA Niccolò Paganini legó su extraordinario violín a Génova, su ciudad natal, con la única condición de que nadie más volviera a tocar el instrumento. Aquella condición se reveló catastrófica. La madera presenta la peculiaridad de que mientras se usa y se maneja apenas se deteriora. Sin embargo, tan pronto como deja de utilizarse, empieza a degradarse. En consecuencia, el que en manos del gran Paganini fuera un extraordinario violín de sonido aterciopelado y exquisito, encerrado en su hermoso estuche, cayó pasto de la carcoma y vio su valor reducido al de mera reliquia. Aquel instrumento roído es para mí recordatorio de que los talentos, sin usar, pierden su razón de ser.

Cristo dio talentos a su iglesia con el fin de que fueran una bendición para los demás. “Los seguidores de Cristo han sido redimidos para servir. Nuestro Señor enseña que el verdadero objeto de la vida es el ministerio. Cristo mismo fue obrero, y a todos sus seguidores les presenta la ley del servicio, el servicio a Dios y a sus semejantes” (*Palabras de vida del gran Maestro*, p. 262).

Algunos de los talentos que Dios pone a disposición de todos son el carácter, la voluntad, la capacidad de pensar, el habla, la influencia, tiempo, la salud, el dinero, la fuerza y los impulsos y afectos amables. Todos, en mayor o menor medida, disponemos de estos talentos. Si creemos que no, tendremos que orar fervientemente y pedir el fruto del Espíritu.

Nótese que en la lista anterior no se incluyen cosas como una buena voz canora, virtuosismo al piano, habilidad para confeccionar platos de alta cocina, conocimientos contables, aptitudes mecánicas o una buena memoria. Esas habilidades están bien, pero no tienen por qué ser talentos.

En la parábola, el empresario esperaba que sus siervos mejoraran los dones que recibieron. “Los talentos que se usan son talentos que se multiplican. El éxito no es el resultado de la casualidad o del destino; es la operación de la providencia de Dios, la recompensa de la fe y la discreción, de la virtud y el esfuerzo perseverante. El Señor desea que usemos cada don que poseemos; y si lo hacemos, tendremos mayores dones para usar” (*Ibid.*, p. 288). Dios quiere que usemos todos los dones que nos otorgó para bendecir a otros. Si no los usamos, los perderemos.

Dios nos entrega sus tesoros. A algunos da cinco; a otros, dos; y aun a otros, uno solo. Tengamos los que tengamos, nuestro deber es usarlos. La pregunta no es: “¿Cuántos talentos he recibido?”, sino: “¿Qué hago con los que ya tengo?”.

Pequeñas cosas

Basado en Mateo 25:14 al 30

“Quizá haga algo Jehová por nosotros, pues no es difícil para Jehová dar la victoria, sea con muchos o con pocos” (1 Samuel 14:6).

¿QUÉ PASA con la persona que solo tiene un talento? ¿Es lícito que piense que, ya que su acción no es muy determinante, no pasa nada si no lo intenta? No hay que menospreciar el poder de las cosas pequeñas, aun de un único talento, ni su influencia.

El evangelio entró en Japón gracias a una pequeña porción de las Escrituras que llegó a la costa flotando y que un caballero japonés recogió de la arena. Más adelante pidió que se le enviara una Biblia completa y los misioneros lo instruyeron.

Cuando la muerte le arrebató su hijito a la reina de Corea, una sirvienta de palacio le habló del cielo y de un Salvador que la llevaría allí para que estuviera con él. De este modo, una doncella cautiva introdujo el evangelio en Corea.

El éxito de la misión de Telugu, en el estado de Andhra Pradesh, en la India, dependía del hecho de que John Cloud había estudiado ingeniería de caminos, canales y puertos en la universidad. Por lo tanto pudo firmar un contrato para la construcción de un canal que empleaba a miles de obreros a los que predicaba todos los días sobre el texto de Juan 3:16. El resultado de este trabajo fue el bautismo de 10.000 conversos en un año.

El hambre del hijo de Colón lo llevó a parar en un monasterio de Andalucía y pedir pan. El prior del monasterio, que había sido el confesor de la reina Isabel, escuchó la historia del navegante aventurero y consiguió una audiencia con la reina que dio lugar al viaje de Colón y su descubrimiento de América. Y todo a causa del hambre del niño.

Robert Bruce, uno de los grandes reyes de Escocia, se refugió en una cueva del perseguidor que quería matarlo. De repente, una araña tejó una tela ante la boca de la cueva y cuando los perseguidores pasaron por allí vieron la telaraña y quedaron convencidos de que nadie había entrado en la cueva. El destino de millones de personas dependió de una simple telaraña.

“Por pequeño que sea vuestro talento, Dios tiene un lugar para él” (*Palabras de vida del gran Maestro*, p. 294).

“De doble ánimo”

Basado en Mateo 26:6 al 13

“Acercaos a Dios, y él se acercará a vosotros. Pecadores, limpiad las manos; y vosotros los de doble ánimo, purificad vuestros corazones”
(Santiago 4:8).

DOS DÍAS ANTES de la Pascua, Jesús fue el invitado de honor en una cena en casa de Simón el leproso. Jesús había sanado a Simón y este, para mostrar su gratitud, preparó una concurrida fiesta. Simón era tío de María, Marta y Lázaro, los amigos íntimos de Jesús. A pesar de que creía que Jesús era el Mesías, nunca se había convertido y no había recibido un corazón nuevo. De hecho, Simón fue quien arrastró a su sobrina María a la vida de pecado de la cual Jesús la había liberado (ver nota al pie de página en *Hijas de Dios*, p. 56).

Hay personas que son malas hasta la médula. Saben qué es lo mejor, pero prefieren hacer lo malo. Jamás tienen palabras de disculpa o excusa, jamás son amables y consideradas (a no ser que ello les reporte algún beneficio o contribuya a conseguir algún fin, y entonces es puro fingimiento). Jamás se las ve por la iglesia, nunca leen la Biblia y no tienen idea de qué es orar.

Hay otras que parecen buenas de pies a cabeza. Son corteses, amables, reflexivas, mansas y espirituales. Asisten fielmente a la iglesia, son amantes miembros de la familia y buenos ciudadanos. Jamás tienen problemas y parece que les encanta ayudar a los demás.

Y luego están quienes llevan una doble vida. Aparentan ser religiosos. Devuelven el diezmo, dan ofrendas, visitan a los enfermos, socorren a los pobres, estudian la lección de la Escuela Sabática, nunca faltan a la iglesia y hasta pueden llegar a ser directores de algún departamento. Sin embargo, en casa siempre están de mal humor y son bruscos, desconsiderados y egoístas con los demás miembros de la familia. Exigen hacer las cosas a su manera, se divierten con actividades inadecuadas y contaminan a los demás con su influencia. Simón era un ejemplo perfecto de alguien que lleva una doble vida.

En Apocalipsis 3:16 Jesús dijo que prefiere que seamos calientes o fríos. Esto no significa que quiere que seamos malos. Significa que, para nuestro propio bien, no debemos llevar una doble vida. La conversión es más probable en una persona realmente mala que en aquella que, siendo mala, pretende ser buena. Esa persona no siente la necesidad de convertirse.

Señor, haz que mi vida sea tuya al ciento por ciento.

Con los ojos de Dios

Basado en Mateo 26:6 al 13

“Pero Jehová respondió a Samuel: `No mires a su parecer, ni a lo grande de su estatura, porque yo lo desecho; porque Jehová no mira lo que mira el hombre, pues el hombre mira lo que está delante de sus ojos, pero Jehová mira el corazón’” (1 Samuel 16:7).

LA BIBLIA LO LLAMA Simón el leproso, a pesar de que su enfermedad fue curada. Tengo un nieto que tiene una hermana un año mayor que él. Dado que las niñas a veces parecen crecer más rápido que los niños, pronto fue un poco más alta que él. Por supuesto, esto molestó al “pequeño Michael” y comenzó a preocuparse por su estatura. Sucedió hace unos años. Ahora eso ya no lo preocupa porque el “pequeño Michael” ha crecido tanto que es uno de los muchachos más altos de su clase. Ahora todos lo llaman “el grandulón Michael”.

Tendemos a poner motes a las personas según lo que pensamos de ellas. Esto se conoce como colgar el sambenito. La gente pone una etiqueta en las latas y en las botellas con el fin de indicar cuál es su contenido. Pero cuando colgamos el sambenito a las personas no decimos cómo es su interior. A veces describimos a las personas con etiquetas: está gordo, es tonto, es estúpido, es vanidoso, etcétera. Pero no podemos ver su corazón y eso es lo que dice quién es realmente esa persona.

Satanás fue el primero en colgarle un sambenito a alguien. Cuando todavía era un ángel, en el cielo, a Dios le colgó la etiqueta de “desleal”. La siguiente etiqueta fue la de “mentiroso” porque le dijo a Eva que no moriría por comer del fruto. Entonces él llamó a Dios “mentiroso” cuando le dijo a Eva que no moriría si comía la fruta. Durante los largos años de persecución, calificó a los cristianos de “herejes”. Incluso hoy en día alienta a sus seguidores para que etiqueten a los pobres como “indeseables”, a las personas con alguna discapacidad como “molestia”, a alguien de otra raza como “poco atractivo” e incluso a los no nacidos como “no deseados”.

Cierta mañana estaba en un aeropuerto esperando mi vuelo. A un lado vi a un joven que también esperaba. Tenía el pelo teñido de azul, llevaba unos anillos en las cejas e iba vestido con unos vaqueros rotos y raídos. Aparté la mirada. Francamente, para mí tenía un aspecto extraño. Entonces sentí la necesidad de hablar con él. Descubrí que era un joven estupendo y hablamos de las cosas de la vida que preocupaban al joven. Sencillamente, necesitaba alguien con quien hablar.

Jesús no mira a las personas de la manera como nos miramos unos a otros. Me gustaría ser como él.

Solo lo mejor

Basado en Mateo 26:6 al 13

“Dad a Jehová la gloria debida a su nombre;
adorad a Jehová en la hermosura de la santidad”
(Salmo 29:2).

POCAS VECES en una fiesta se reunió tal cantidad de personajes variopintos e interesantes como en aquella de Simón. Allí estaba Jesús, el invitado de honor, sentado a la cabeza de la mesa; Simón, por supuesto, estaba sentado junto a él, así como Lázaro. También estaba Marta, atareada sirviendo a los invitados; y María, como siempre, merodeando por la sala y pendiente de todas y cada una de las palabras que decía Jesús. También había otros invitados, muchos de los cuales eran fariseos y colegas de Simón. La gente estaba asombrada de que Jesús asistiera a una fiesta en la que muchos de los presentes se oponían abiertamente a él. Sin embargo, su Padre lo llevó allí; él sabía que era por voluntad divina.

Por un instante, los focos se apartan de Jesús y se centran en María, que se apoya en la pared, ansiosa por no perderse ninguna de las palabras de Jesús. En un acto de misericordia, Jesús había perdonado sus pecados y luego había sacado a su querido hermano de la tumba; el corazón de María estaba lleno de gratitud. Hacía algún tiempo había escuchado que Jesús mencionaba que se acercaba el momento de su muerte. Aunque no entendía cómo podía suceder, quería mostrar su profundo amor y tristeza. Si tenía que morir, porque ella creía sus palabras, siguiendo la costumbre de la época, tendría que ungir su cuerpo para honrarlo.

Pero el ungüento habitual en las unciones mortuorias no era lo bastante bueno para ese Amigo tan especial. Tenía que darle el mejor. Por eso, con un gran sacrificio personal, había comprado un frasco de alabastro con un “perfume muy costoso” y lo escondió en su alcoba.

Para Jesús, solo lo mejor... Una actitud admirable. ¿Limpia la casa? Límpiela a fondo para Jesús. ¿Trabaja en una oficina? Trabaje bien para Jesús. ¿Estudia? Estudie mucho para Jesús. ¿Canta? Que sus mejores notas sean para Jesús. ¿Visita a los enfermos y a los presos? Dé lo mejor para Jesús. Esto significará un gran sacrificio personal para usted. Dar lo mejor de nosotros mismos siempre lo es. Para el corazón que está lleno de verdadero amor por Jesucristo nada es lo bastante bueno, y aún menos demasiado, para dárselo. Ni más ni menos.

Un corazón nuevo

Basado en Mateo 26:6 al 13

“De modo que si alguno está en Cristo, nueva criatura es: las cosas viejas pasaron, todas son hechas nuevas” (2 Corintios 5:17).

IMAGINE el torrente de emociones que María debió sentir cuando fue a comprar tan caro perfume. Allí estaba, dispuesta a comprar el más caro que sus recursos le permitieran para ungir el cuerpo de Jesús después de su muerte. No lo entendía, pero creía lo que el Señor dijo.

Todos en Betania conocían a María. La habían visto crecer, a ella y a su hermana Marta y su hermano Lázaro. Sabían que los niños eran familiares de Simón, un fariseo prominente y que María parecía ser la preferida de Simón. Se apercibieron de las diferencias que había entre las hermanas. Marta era resuelta, responsable y fiel. María, en cambio, parecía temperamental, frívola e irresponsable. Parece ser que, cuando se convirtió en mujer, María decidió ganarse la vida con prácticas inmorales.

Sin embargo, en su corazón, María detestaba su forma de vida y ansiaba cambiarla. Las enseñanzas de Jesús que escuchaba de vez en cuando empezaron a transformarla. Con el tiempo, un día confesó sus pecados a Jesús quien la sanó, la transformó y le dio un corazón nuevo.

Pero los habitantes de Betania no reconocieron de inmediato el corazón renovado de María. Ya me la imagino acercándose al vendedor de ungüentos y a este pensando que compraba el perfume para ser más atractiva para sus clientes. ¡Qué reputación la suya!

Me pregunto cómo se enfrentaría día tras día a las miradas y a las murmuraciones de los aldeanos: “Miren, por ahí viene María, la hermana de los buenos de Marta y Lázaro. Ah, pero hoy tiene un aspecto distinto, más limpio y dulce. Me pregunto por qué vivirá en casa con sus hermanos. No veo por qué Lázaro y Marta tendrían que aceptarla de vuelta... ¿Estará enferma? Claro, con la vida que lleva... no sería extraño. Pero no se comporta igual... Hasta se viste con más modestia. ¡Si hasta dicen que cada semana va a la sinagoga!”.

María buscó en su bolsa y sacó todo el dinero que había ahorrado. Después de eso, no le quedaría mucho; pero eso no importaba. Hacía lo que tenía que hacer. Compró el mejor perfume. No se gastaba el dinero para sí misma, sino para Otro. ¡Vaya, un cambio se había operado en ella! Era una nueva criatura, totalmente diferente. Tenía un corazón nuevo.

El Señor devolverá

Basado en Mateo 26:6 al 13

“A Jehová presta el que da al pobre; el bien que ha hecho se lo devolverá” (Proverbios 19:17).

SE SUPONÍA QUE María tenía que ayudar a su hermana Marta en el servicio de la fiesta en casa de Simón. Pero entre viaje y viaje a la cocina se entretenía, cada vez durante más rato, en el salón para estar más tiempo con Jesús. Ella tenía un secreto que, a la vez, la alegraba y la entristecía. Había comprado un poco de ungüento muy caro para ungir a Jesús cuando muriera. Por supuesto, nadie de los presentes conocía el secreto.

Pero últimamente había oído que la gente hablaba de coronar rey a Jesús. No hablaban de su muerte. Incluso allí, en la fiesta, escuchó rumores sobre forzar la coronación de Jesús. Pensó en el ungüento que había comprado, aquel tan caro que guardaba en el frasco de alabastro. “Bueno”, pensó, “si no voy a usarlo con su cuerpo muerto, puedo usarlo para honrarlo mientras viva”. Recordó la costumbre judía de honrar a los sacerdotes y los reyes vertiendo aceite sobre su cabeza. “¿Por qué no hacerlo ahora?”, se preguntó. “¿Por qué no ser la primera en honrar a Jesús?”.

María corrió a su cuarto y tomó el vaso de alabastro. Tímida, volvió a entrar en el comedor y se acercó donde estaba Jesús, sentado a la cabeza de la mesa. Nadie prestó atención cuando se acercó a él, porque su función era la de atender a las necesidades de los invitados. Se oyó un suave tintineo de cristales rotos. Luego, un invitado levantó la cabeza y empezó a olisquear el ambiente; luego otro y otro y otro... ¿Qué era ese perfume? ¿De dónde venía? Pronto todas las miradas se volvieron hacia la mesa presidencial.

María había roto el frasco de alabastro y había vaciado el aceite sobre la cabeza del Salvador. “Es como el buen óleo sobre la cabeza, el cual desciende sobre la barba, la barba de Aarón, y baja hasta el borde de sus vestiduras” (Salmo 133:2). El caro ungüento corría por la cabeza de Jesús, siguiendo por la barba, hasta el borde de sus vestiduras y hasta los pies. Había más ungüento del que había calculado y fluía más rápidamente de lo que pensaba. Instintivamente, María se arrodilló a los pies de Jesús y, como no tenía nada a mano con que enjugar el exceso, secó sus pies con su larga y ondulada melena, mezclando sus lágrimas con el caro perfume.

¿Le gustaría dar algo de valor al Salvador? Memorice el texto de hoy; mejor aún, póngalo en práctica.

Nada se desperdicia

Basado en Mateo 26:6 al 13

“Dad y se os dará; medida buena, apretada, remecida y rebosando darán en vuestro regazo, porque con la misma medida con que medís, os volverán a medir” (Lucas 6:38).

CUANDO ESCOGIÓ a los doce discípulos, Jesús entregó a Judas el poco dinero que recaudaban. De vez en cuando los seguidores agradecidos entregaban dinero a los discípulos y todo lo que se recogía se guardaba en una bolsa que llevaba Judas. En ocasiones, con esos fondos compraban comida para sí mismos y en otras los usaban para aliviar el sufrimiento de los pobres y los hambrientos. Aunque nunca fue mucho, a veces Judas echaba mano de algún dinero para su uso personal. Como Simón, era otro que vivía una doble vida. Los otros discípulos admiraban a Judas por su buen aspecto y su educación. Pero, desde el principio, Jesús sabía qué clase de persona era y, a pesar de todo, trabajó con él durante tres años, dedicándole un tiempo especial, con la esperanza de que en su corazón se produjera un cambio que nunca llegó.

A Judas le gustaban los placeres de la vida y, sin duda alguna, mientras andaba con los discípulos, los echaba de menos. De inmediato reconoció que no se trataba de un perfume común, sino de uno muy caro, el mejor. Judas fue el primero que susurró con la fuerza necesaria para que todos lo oyeran: “¿Qué propósito tiene este derroche? Ese ungüento se podría haber vendido a buen precio y dar el producto de la venta a los pobres”. Si se hubiera vendido el perfume y el dinero hubiera sido dado a los discípulos, con toda seguridad, una buena cantidad habría ido a parar directamente al bolsillo de Judas.

La pregunta fue pasando de mesa en mesa: “¿Por qué se habrá gastado tanto dinero?”. Aquí se revela el hecho de que los asistentes de la fiesta no conocían el corazón de María. Quizá conocían las ideas, pero no el corazón. Juzgaban las acciones sin comprender los motivos. Ellos interpretaron la extravagancia de María como despilfarro, mientras que Jesús la aceptó como prueba de amor abundante. No digamos que los demás hacen demasiado porque hagan más que nosotros mismos. En su lugar, tendríamos que esforzarnos para intentar igualarlos.

Con la queja por el regalo de María mostraban falta de respeto por Jesús. Eran lo bastante audaces como para decir públicamente que un regalo tan precioso como aquel se malgastaba con Jesús. ¿Se lo imagina? Nada de lo que se da a Jesús se despilfarra: ni el dinero, ni el tiempo, ni los talentos, nada.

En el nombre de Jesús

Basado en Mateo 26:6 al 13

“Defended al débil y al huérfano; haced justicia al afligido y al menesteroso” (Salmo 82:3).

“¿**POR QUÉ** tuvo que despilfarrar todo ese dinero?”, murmuraban todos. Sin embargo, el murmullo era lo suficientemente alto como para que María pudiera escuchar lo que se decía. Su corazón se vino abajo y se sonrojó avergonzada. Aquel viejo temor, el miedo a no responder a las expectativas, había vuelto a apoderarse de ella. La había perseguido toda su vida. Nunca fue lo suficientemente buena para Marta, quien había llegado a quejarse de ella a Jesús, diciéndole que no ayudaba como es debido en casa. Ahora tenía miedo de que Marta la criticara por gastarse una pequeña fortuna en aquel ungüento. Y también Jesús, podría pensar que era una extravagancia.

Carente de toda disculpa o excusa, estaba a punto de encogerse, cuando se escuchó la voz del Señor: “¡Déjela! ¿Por qué la molestan?”. Vio que estaba avergonzada e inquieta. Sabía que las acciones de María procedían de su gratitud por haber sido perdonada y puso de relieve sus intenciones.

Levantando la voz por encima del murmullo de críticas, dijo: “María hizo conmigo una buena obra. Ustedes hablan de los pobres. Pero ustedes siempre tendrán pobres con ustedes y siempre que lo deseen podrán hacer buenas obras con ellos. En cambio, a mí no me tendrán siempre. Ella hizo lo mejor que pudo hacer. De hecho, ha sido la primera en ungir mi cuerpo para el sepulcro”.

Los que tienen un corazón inclinado a hacer el bien, no tienen necesidad de quejarse porque les falta la oportunidad. Jesús nos dice: “Quizá no puedas honrarme en persona, pero lo que hagas por los demás, a mí me lo haces”. Cristo no iba a estar constantemente en cuerpo en este mundo. Dijo que era conveniente que él se fuera. Decir que en el Servicio de Comunión su presencia es real contradice lo que él mismo dijo: “A mí no siempre me tendréis”.

De aquí tenemos que aprender la lección de que todo lo que hagamos o planeemos hacer algún día en nombre de Jesús no tiene que ser pospuesto. Si tiene que escribir una nota de agradecimiento, hágalo hoy mismo. Si tiene que hacer una llamada telefónica amable, no la deje para mañana. Si quiere visitar algún enfermo, no espere a mañana. Si quiere decirle a su cónyuge cuánto lo ama, dígaselo hoy mismo. Si quiere jugar con sus hijos, no lo demore hasta mañana. Hágalo todo hoy en nombre de Jesús.

¿Cuánto debe?

Basado en Mateo 26:6 al 13

“Por lo cual te digo que sus muchos pecados le son perdonados, porque amó mucho; pero aquel a quien se le perdona poco, poco ama” (Lucas 7:47).

AHORA LOS FOCOS se centran en Simón, el leproso. Simón que vive una doble vida, Simón el fariseo, Simón el inconverso. Simón abrigaba la esperanza de que aquella fiesta para honrar a Jesús mejoraría la opinión que los demás tenían de él y fuera más fácil coronarlo rey. Puesto que la familia de Simón había sido bendecida con varios milagros, era natural que esperara disfrutar de una posición destacada en el nuevo reino terrenal de Cristo.

Pero el festejo tomó un giro inesperado y catastrófico cuando María se puso en evidencia. Insensata e impulsiva María... De carácter ingenuo y complaciente, María había cedido a las sugerencias inmorales de su tío Simón hasta el punto de casi arruinar su vida. Si Jesús no la hubiera encontrado y perdonado, ¿quién sabe dónde habría llegado?

Si había otra cosa que desagradara tanto a Simón era que Jesús no la hubiera echado fuera ni la hubiera reprendido. Simón estaba tentado a pensar que tal vez Jesús no era un profeta. No dijo nada, pero pensó para sus adentros: “Si este Jesús fuera un profeta habría sabido qué clase de mujer es la que lo toca, porque es una pecadora”.

Simón no se dio cuenta de que en tales ocasiones el Hijo de Dios actúa a la manera de Dios: con compasión, ternura y misericordia. “Leyendo sus pensamientos, Cristo le respondió antes de que Simón hablara, demostrándole que era el Profeta de los profetas: ‘Simón, una cosa tengo que decirte [...]. Un acreedor tenía dos deudores: uno le debía quinientos denarios y el otro, cincuenta. No teniendo ellos con qué pagar, perdonó a ambos. Di, pues, ¿cuál de ellos lo amará más?’ Respondiendo Simón, dijo: ‘Pienso que aquel a quien perdonó más’. Él le dijo: ‘Rectamente has juzgado’” (*Hijas de Dios*, p. 235).

Estimado lector, ¿le ha sido perdonado mucho? ¿El Señor lo ha bendecido con el deseo de tener un corazón nuevo? ¿Se ha librado de un accidente mortal? ¿Se ha recuperado de una enfermedad? ¿Disfruta de paz interior? ¿El Señor ha enviado su Espíritu para ayudarlo a desarrollar todos sus frutos? Entonces, ¿cuánto le debe al Señor?

Un buen ejemplo

Basado en Mateo 26:6 al 13

“Pues somos hechura suya, creados en Cristo Jesús para buenas obras, las cuales Dios preparó de antemano para que anduviéramos en ellas”
(Efesios 2:10).

EL ORGULLO ES uno de los pecados que más cuestan erradicar. Justo cuando pensamos que está muerto y nos dirigimos hacia la multitud para aceptar sus felicitaciones, se levanta y nos apuñala por la espalda. Se dice que Dios, sabiamente, diseñó el cuerpo humano para que nosotros mismos no pudiéramos darnos palmaditas en la espalda ni tampoco patadas con demasiada facilidad.

El orgullo se había apoderado del corazón de Simón el leproso. Era rico, influyente y, gracias al milagro de la curación, gozaba de salud. Pero su corazón estaba enfermo de la lepra del pecado. Había juzgado mal a María, su sobrina, ante los invitados que asistían a su fiesta en honor de Cristo. Jesús le había contado una breve parábola que lo ayudó a verse a sí mismo tal como era.

Los dos deudores de la parábola representaban a Simón y a María. Se demostró que el pecado de Simón era diez veces más grave que el de María. Vio que Jesús había leído tanto en su corazón como en el de María y se avergonzó. Sabía que estaba en presencia de un Ser superior.

“Entré en tu casa”, continuó Cristo, “y no me diste agua para mis pies; pero ella ha regado mis pies con lágrimas y los ha secado con sus cabellos. No me diste beso; pero ella, desde que entré, no ha cesado de besar mis pies” (Luc. 7:44, 45).

Y entonces Cristo hizo una promesa que ha traído consuelo y aliento a todos los que en su nombre sirven callada y abnegadamente a los demás. Dijo: “De cierto os digo que dondequiera que se predique este evangelio, en todo el mundo, también se contará lo que esta ha hecho, para memoria de ella” (Mat. 26:13).

Los actos de María se recordarían no con la dedicación de una iglesia o celebrando una fiesta anual en su honor, o conservando un pedazo de su sagrado frasco como una reliquia, sino mencionando su fe y su piedad como ejemplo para los demás en la predicación del evangelio. Todos hemos sido María la pecadora, María la frívola o María la impulsiva. Pero, por la gracia de Dios, ahora podemos ser María la generosa, María la reflexiva o María la agradecida.

No se puede hacer de dos maneras

Basado en Mateo 26:41

“Antes bien, como está escrito: ‘Cosas que ojo no vio ni oído oyó ni han subido al corazón del hombre, son las que Dios ha preparado para los que lo aman’” (1 Corintios 2:9).

NO ES NADA extraño que en la vida cristiana nos pasemos más tiempo llamando a la grúa que aprendiendo a conducir el automóvil de la vida. Es como si en todos nosotros hubiera algo que se empeña en echarnos fuera de la carretera. Incluso cuando una persona nace de nuevo, esta atracción fatal sigue siendo un problema.

Un texto lo explica: “Cada uno es tentado, cuando de su propia pasión es atraído y seducido. Entonces la pasión, después que ha concebido, da a luz el pecado; y el pecado, siendo consumado, da a luz la muerte” (Sant. 1:14, 15). Cuando nos ponemos en peligro sufrimos innecesariamente y eso nos hace aún más vulnerables a los ataques de Satanás.

Mi trabajo como evangelista me hace viajar mucho. Los viajes se me difuminan unos con otros y llega un momento en que me cuesta recordar dónde estoy en un momento determinado. Sin embargo, recuerdo una ocasión en que, después de haber predicado el sermón, por la noche, mis colegas me llevaron de vuelta al hotel. Para mí, viajar es algo agradable hasta que llega la noche; entonces quisiera estar en casa.

En aquella ocasión tomé una cena ligera y, como todavía era pronto para ir a dormir, decidí pasar las siguientes horas viendo la televisión. Cuando llegó la hora de ir a la cama, tomé una ducha y, siguiendo mi costumbre, me arrodillé para orar.

Escuchar nuestras oraciones puede ser muy revelador. Aquella noche oré como de costumbre antes de acostarme. Pero a media oración pensé en lo que decía y me detuve en aquel justo momento. Me di cuenta de que me estaba contradiciendo y no pude continuar. Me oí a mí mismo pidiendo al Señor que me hiciera como Jesús y que perdonara mi orgullo, mi egoísmo, mi amargura, mis ansias desmesuradas y mi falta de dominio propio. Pero los programas de televisión que acababa de ver estaban imbuidos de esas características negativas. De buen grado me había entretenido viendo a los actores que simulaban los mismos pecados por los que Cristo murió. ¿Hay algo más incoherente? Aquella noche aprendí que tenía que vivir de la misma manera que oraba. No podía hacer las dos cosas a la vez. Era claro que en la oración decía una cosa y con la vida hacía otra.

¿Soy el único que tiene ese problema?

Dígalo tal cual es

Basado en Mateo 26:41

“¿Cuántas son mis iniquidades y pecados? Hazme entender mi transgresión y mi pecado” (Job 13:23).

SUPONGA QUE LO invito a visitarnos a mí y a mi esposa en Florida y que le menciono que estoy seguro de que disfrutará de la estancia si le gustan los animalitos peludos que rondan por los alrededores de la casa. Usted podría pensar: “Ah, el pastor tiene gatitos. Fantástico, porque me gustan los gatitos”. Pero yo le digo: “No, no. Gatitos no... ¡Ratas!”. Sabiendo eso, ¿cómo se sentiría si tuviera que venir a visitarnos?

Es un hecho demostrado que las personas tienden a evitar todo aquello que tiene una imagen negativa. Y cuanto mayor es la negatividad de la imagen, más se quiere evitar. Según *Science Daily* (16 de diciembre de 2009), la capacidad de una persona para resistir, por ejemplo, a una tentadora galleta depende de la gravedad de la amenaza que se perciba tras ella.

Varios científicos estudiaron las técnicas que permiten que la gente se resista a los alimentos y otras tentaciones. Descubrieron que cuando las personas se enfrentan a tentaciones que amenazan sus objetivos a largo plazo (ya sea la dieta, el control del humor, el gasto de dinero, etc.), un método para ayudar a resistir la tentación es hacer hincapié en la negatividad del resultado de caer en ella.

Por ejemplo, en cierto estudio, a los participantes se les pidió que estimaran las calorías de una galleta en particular que se les ofrecía. Los participantes que tenían un claro objetivo de adelgazamiento pensaron que la galleta tenía más calorías y era más perjudicial para alcanzar su objetivo a largo plazo de perder peso. Por tanto, resistirse a tomar la galleta les resultaba más fácil.

Cuando nos enfrentamos a una tentación, no solo debemos pensar, sino también destacar las consecuencias negativas de ceder a ella. Es preciso que veamos el pecado con toda su repugnancia, todo su horror y toda su desfachatez. No hay “mentirillas inocentes”. “Los labios mentirosos son abominables para Jehová, pero le complacen quienes actúan con verdad” (Prov. 12:22). Fornicar no es solo mantener una “relación íntima”. “¿Cómo, pues, haría yo este gran mal, y pecaría contra Dios?” (Gén. 39:9). El adulterio no es tan solo “una aventura”. “Porque yo reconozco mis rebeliones, y mi pecado está siempre delante de mí” (Sal. 51:3). Comer y beber lo que el Señor ha prohibido no es una simple “convención social”. “Daniel propuso en su corazón no contaminarse con la porción de la comida del rey ni con el vino que él bebía” (Dan. 1:8).

Así como las ratas no son simplemente “animalitos peludos”, el pecado no es tan solo “otra manera de hacer las cosas”.